

fuerza verdadera del poder social, que pertenece, no á algunos, sino á todos; saliendo sin interrupcion de su único origen, que es el pueblo, y volviendo siempre á él inalienable, para volver á salir eternamente de él segun sea su voluntad. Tal es la rotacion del gobierno calcada sobre la rotacion perpetua de las generaciones, que nunca se detiene, que jamás funda el porvenir en lo pasado, y que no amortiza ni la soberanía, ni la ley, ni la razon, sino que, á ejemplo de la naturaleza, se eterniza, renovándose continuamente.

»El trono es el gobierno que se dice hecho á la imagen de Dios: esto es un sueño. La república es el gobierno hecho á la imagen del hombre: esto es la realidad política. Pero si la forma republicana es la racional, tambien es la más justa. Ella distribuye, nivela é iguala sin cesar los derechos, los títulos, las capacidades, las funciones, los intereses de las clases y los ciudadanos entre sí. El Evangelio es democrático; el cristianismo, republicano.

»Y aún cuando la república no fuese lo ideal del gobierno de la razon, sería en este momento la necesidad de Francia. Con un rey destronado, con una nobleza armada contra ella, con un clero desposeido, con la Europa monárquica entera sobre sus fronteras, no encontraría en ninguna forma de trono, en ninguna monarquía templada, en ninguna dinastía antigua ó nueva, la fuerza sobrehumana de que necesita para triunfar de tantos enemigos y para sobrevivir á semejantes crisis. Un rey sería sospechoso; una Constitucion, impotente; una dinastía, disputada. En tal estado de cosas, le energía desesperada y poderosa del pueblo, evocada desde el fondo de este mismo pueblo y convertida por aclamacion en gobierno, es la única fuerza que puede igualar la voluntad á la resistencia y el sacrificio á los peligros. Ante tocaba la tierra y renacia. Francia debe tocar al pueblo para apoyar en él la palanca de la revolucion. Vacilar entre las distintas formas de gobierno en semejantes momentos, es perderlas todas. No tenemos eleccion. La república es la última palabra de la revolucion, así como el último esfuerzo nacional. Es menester aceptarla y defenderla, ó vivir con la muerte vergonzosa de los pueblos que entregan sus hogares y sus dioses en rescate de su vida á sus enemigos.»

Tales eran las reflexiones que la razon y la pasion, lo pasado y lo presente de Francia, sugerian á los girondinos para decidirles á la república. La política y la necesidad les impuso entónces esta forma de gobierno, y ellos la aceptaron.

IV

Sólo que los girondinos temian ya que esta república cayese en las manos de una demagogia furiosa é insensata. El 10 de Agosto y el 2 de Setiembre les consternaban, y querian dar algunos dias á la reflexion y á la reaccion de la Asamblea y de la opinion contra estos excesos populares. Hombres imbuidos en las ideas republicanas de la antigüedad, en que la libertad de los ciudadanos suponía la esclavitud de las masas, y en que las repúblicas no eran sino numerosas aristocracias, ellos comprendian mal el genio cristiano de las repúblicas democráticas del porvenir. Ellos querian la república á condicion de gobernarla solos, en las ideas y en los intereses de la clase media y letrada, á la cual pertenecian. Se proponian hacer una Constitucion republicana á imagen de aquella sola clase ante la cual acababan de evaporarse el trono, la Iglesia y la aristocracia. Bajo el nombre

de república entendian el reinado de las luces, de las virtudes, de la propiedad y de los talentos, de que su clase tendría en adelante el privilegio. Soñaban con imponer condiciones, garantías, exclusiones, incapacidades en las condiciones electorales, en los derechos cívicos y en el ejercicio de las funciones públicas, que hubiesen ensanchado sin duda los límites de la capacidad para el gobierno, pero que hubiesen excluido de las urnas á la masa ignorante, indigente ó mercenaria del



Dumouriez hace entrar en su deber á los batallones de federados.—Pág. 106.

pueblo. Debiendo corregir la Constitucion, segun ellos, lo que la república tenía de popular y borrascoso, separaban en su pensamiento la plebe de la nacion. Sirviendo á la una, ellos contaban ponerse á cubierto de la otra. No se resignaban á forjar con sus propias manos, en una Constitucion repentina, poco reflexionada y temeraria, el hacha bajo la cual sus cabezas tendrían que inclinarse y caer. Numerosos y elocuentes en la Convencion, se fiaban en su ascendiente.

Pero este ascendiente, que predominaba todavía en los departamentos y en la Asamblea, habia disminuido hacia dos meses en Paris, ante la audacia del ayuntamiento, ante la dictadura de Danton, ante la demagogia de Marat, y sobre todo,

ante el prestigio de Robespierre. El ayuntamiento había invadido, Marat había atemorizado, Danton había gobernado, Robespierre se había engrandecido. Los girondinos, despojados de todo lo que se había conquistado por sus autoridades y por sus hombres, habían seguido, aunque murmurando muchas veces, el movimiento que los arrastraba. No habían previsto nada ni arreglado nada durante la tempestad, y habían dominado en apariencia los movimientos, como los restos de una nave dominan la ola siguiendo sus ondulaciones. Todos sus esfuerzos para moderar la corriente anárquica de la capital no habían servido sino para señalar su debilidad. La nación se retiraba de ellos. Ni uno de aquellos hombres, favoritos de la opinión en la Asamblea legislativa, había sido nombrado para la Convención por la ciudad de París; y todos sus enemigos, al contrario, eran los elegidos del pueblo. El ayuntamiento había hecho nombrar á todos sus candidatos. Danton, Robespierre y Marat, después de haber dictado los escrutinios, dictaron también los votos.

Impaciente el pueblo, pedía á los dos partidos resoluciones extremas. Su popularidad estaba en subasta, y era necesario simbolizar su energía y aún su furor para conquistarla. La reserva monárquica hecha por Vergniaud, Guadet, Gensonné y Condorcet, mencionando el nombramiento de un ayo para el príncipe real en el decreto de destitución, había hecho sospechosos á los girondinos. Esta esperanza dada á la monarquía parecía revelar en ellos un secreto pensamiento de restablecerla después de haberla abatido. Los periódicos y las tribunas de los Jacobinos explotaban en contra de ellos esta sospecha de realismo ó de moderación. «Vosotros no habeis quemado vuestras naves,—les decían;—mientras que nosotros combatíamos por destruir para siempre el trono, vosotros escribíais con nuestra sangre respetuosas reservas en pro de la soberanía.»

Los girondinos no podían responder á estas acusaciones sino tomando la ventaja de la audacia sobre sus enemigos; pero aún en esto, otro temor les detenía. Aquellos hombres no podían dar un paso más en el camino de los jacobinos y del ayuntamiento sin pisar la sangre del 2 de Setiembre. Esta sangre les causaba horror, y se detenían sin deliberar ante el crimen. Resueltos á votar la república, querían votar al mismo tiempo una Constitución que diese á la república algo de la concentración del poder y de la regularidad de la monarquía. Por educación y por carácter eran romanos, y el pueblo y el senado de Roma eran el único ideal político que se ofrecía confusamente á su imitación. El advenimiento del pueblo entero al gobierno, la inauguración de aquella democracia cristiana y fraternal que Robespierre preconizaba en sus teorías y en sus discursos, no habían entrado nunca en sus planes. Cambiar la forma del gobierno era toda la política de los girondinos. Cambiar la sociedad era la política de los demócratas. Los unos eran políticos, los otros filósofos. Los unos pensaban sólo en el día siguiente, los otros en la posteridad.

Antes de proclamar la república, los girondinos querían darle una forma que la preservase de la dictadura y de la anarquía. Los jacobinos querían proclamarla como un principio á todo evento, de donde saldrían torrentes de sangre tal vez y tiranías pasajeras, pero de donde nacerían, según ellos, el triunfo y la libertad del pueblo y de la humanidad. En fin, Danton, completamente indiferente á las formas del gobierno, con tal que estas formas le diesen el imperio, quería proclamar

la república para comprometer á la nación entera en la causa de la revolución, y para hacer inevitable y terrible entre la Francia libre y los tronos un choque en que el antiguo orbe político se rompiera é hiciera lugar, no á los principios, sino á los nuevos hombres.

En fin, muchos otros, tales como Marat y sus cómplices, querían proclamar la república como una venganza del pueblo contra los reyes y los aristócratas, y como una era de agitación y de turbulencias en que la fortuna multiplicase las casualidades que abaten lo que está en alto y elevan lo que está abajo. La espuma necesita que haya tempestades para sobrenadar y elevarse. La política de estos demagogos no era sino la sedición convertida en principio, y la anarquía escrita en forma de Constitución.

Sin embargo, cada uno de estos partidos debía apresurarse para no dejar á los otros el honor de la iniciativa y la ventaja de la prioridad.

Los girondinos, orgullosos de su superioridad numérica en la Convención, se reunieron en consejo en casa de madama Roland, y resolvieron no admitir la discusión sobre el cambio de forma de gobierno sino después de apoderarse de las comisiones ejecutivas, y sobre todo, de la comisión de Constitución, que prepararía su plan, que aseguraría sus medios, y que sería el órgano de sus voluntades. Creían dominar suficientemente en la Convención, por el número de adictos y por la autoridad de su crédito, para prevenir en las primeras sesiones cualquiera aclamación temeraria á la república. Con esta confianza entraron en el salón.

Danton, Robespierre y el mismo Marat no se proponían adelantar el momento de aquella proclamación; sólo querían dar solemnidad al más grandioso acto orgánico que una nación puede verificar. Querían además sondear sus fuerzas en la Convención y agrupar sus amigos, desconocidos los unos de los otros, para modelar la república en su nacimiento, cada uno según sus ideas y ambición. El silencio estaba tácitamente convenido sobre esta gran medida entre todos los jefes de la Asamblea; pero la víspera de la primera sesión, algunos miembros jóvenes y exaltados de la Convención, como Saint-Just, Lequinio, Panis, Billaud-Varenes, Collot-d'Herbois y otros individuos del ayuntamiento, reunidos en el Palacio Real, enardecidos por la conversación y por los vapores del vino, condenaron unánimemente esta contemporización de los jefes, y resolvieron inutilizar aquella tímida prudencia y desconcertar el proyecto de los girondinos, lanzando la palabra república á sus enemigos. «Si ellos la recogen,—dijo Saint-Just,—son perdidos, porque seremos nosotros quienes se la habremos impuesto. Si se separan de ella, también se pierden, porque oponiéndose á un deseo del pueblo, se sumergirán en la impopularidad que nosotros amontonaremos sobre sus cabezas.»

Lequinio, Sergent, Panis y Billaud-Varenes aplaudieron el audaz maquiavelismo de Saint-Just; Collot-d'Herbois, cómico pocos días antes, orador teatral, de voz sonora, de ademanes libres, hombre de orgía y de resolución, se encargó de presentar la moción y juró hacer frente él solo si era necesario al silencio, al aturdimiento y á las murmuraciones de la Gironda.

V

Por la noche, como se había convenido, Collot-d'Herbois dió al entrar en la sesión la señal á los impacientes, que se aprestaron para servirle de eco. Una pa-

labra que predomina en la indecision de una Asamblea arrastra las resoluciones. No hubo prudencia capaz de contener lo que estaba en el pensamiento de todos. Apenas Collot-d'Herbois hubo pedido la abolicion del trono, cuando una exclamacion, en la apariencia unánime, se elevó en todo el salon, atestiguando que la voz de uno solo habia pronunciado la palabra de la necesidad presente. Habiendo pedido Quinette y Bazire, por respeto á la nueva institucion, que la gravedad de las formas y la solemnidad de la reflexion presidiesen á la proclamacion de la república, exclamó Gregoire: «No hay necesidad de deliberar, cuando todo el mundo está de acuerdo. Los reyes son en el órden moral lo que los monstruos son en el órden fisico. Las cortes son el taller de todos los crímenes. La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos». El jóven Ducos, de Burdeos, amigo y discípulo de Vergniaud, conociendo que era preciso confundir la voz de su partido con la exclamacion general, para que el pueblo no pudiese distinguir ni la primera ni la última en este voto, dijo: «Redactemos al momento el decreto; no hay necesidad de considerandos despues de las luces que el 10 de Agosto ha esparcido. El considerando de vuestro decreto de abolicion del trono será la historia de los crímenes de Luis XVI». La república fué proclamada de este modo, con diversos sentimientos, pero por unanimidad; arrebatada á la iniciativa de unos por la popularidad celosa de otros, arrojada como un reto por los jacobinos á sus enemigos, aceptada con aclamacion por los girondinos, por no dejar el honor del patriotismo á los jacobinos; resolucion desesperada, abismo desconocido en que la reflexion arrastraria á los políticos, ó el vértigo atraeria á los imprudentes; asilo único que quedaba á la patria, segun los patriotas; sima oscura en que cada uno creia precipitar á sus rivales precipitándose con ellos, y que todos debian llenar alternativamente con sus combates, con sus crímenes, con sus virtudes y con su propia sangre.

LIBRO TREINTA.

La república acogida por unanimidad.— Los girondinos en casa de madama Roland.— Acusacion contra Marat.— Apóstrofe de Vergniaud.— Danton.— Robespierre.— Pormenores íntimos.— Escenas tumultuosas.— Marat.— Su retrato.— Rompimiento entre Danton y los girondinos.

I

La proclamacion de la república fué acogida con una exaltacion ardiente en la capital, en los departamentos y en el ejército. Era para los filósofos el tipo de los gobiernos humanos hallado bajo los escombros de catorce siglos de preocupaciones y tiranías; para los patriotas, la declaracion de guerra de una nacion que se regenera, proclamada por sí misma el dia de la victoria de Valmy en presencia de los tronos conjurados contra la libertad; para el pueblo, una novedad sorprendente y deliciosa. Cada ciudadano se consideraba, por decirlo así, coronado con una parte de aquella soberanía reconquistada, y de la cual el acta de la Convencion acababa de despojar la cabeza y la familia de los reyes para restituirla al pueblo. La nacion, aliviada del peso del trono, creyó respirar por primera vez el aire libre y vital que iba á regenerarla. Este fué uno de aquellos cortos momentos que concentran en un punto del tiempo horizontes de entusiasmo y de esperanzas, que los pueblos aguardan por espacio de muchos siglos, que saborean algunos dias, y que no olvidan, pero que no tardan en dejarlos escapar como un sueño, para recaer en todas las realidades, en todas las dificultades y en todas las angustias que acompañan siempre la vida de las naciones. No importa: estas horas de ilusion son tan hermosas y tan colmadas, que valen por siglos en la vida de la humanidad, y ante las cuales parece detenerse la historia para retenerlas y eternizarlas.

Los que más gozaron de ellas fueron los girondinos. Reunidos por la noche en casa de madama Roland Petion, Brissot, Guadet, Louvet, Boyer-Fonfrede, Ducos, Grangeneuve, Gensonné, Barbaroux, Vergniaud y Condorcet, celebraron con un recogimiento casi religioso el advenimiento de sus ideas al mundo, echando voluntariamente el velo de la ilusion sobre la dificultad del dia siguiente y sobre la oscuridad del porvenir, entregándose sin reserva al mayor gozo que Dios haya concedido al hombre en la tierra, que es el parto de su idea, la contemplacion de su obra, y la posesion de su bello ideal cumplido.

Durante la comida se cruzaron nobles palabras entre aquellas grandes almas. Madama Roland, pálida de emocion, dejaba escapar de sus ojos miradas de un brillo sobrenatural que parecian divisar el cadalso á traves de la gloria y de la felicidad de aquel dia. El anciano Roland interrogaba con la vista el pensamiento de